


Animales en la gran ciudad


Urbanitas

Texto: Roberto Anguita



El hábitat del gorrión común se ha agrandado al mismo ritmo que la expansión de las ciudades. Foto: Luis Merino.

Una pareja de halcones peregrinos reside desde hace años en una torre de la Plaza de Colón, en pleno centro de Madrid. Foto: Roberto Anguita. Naturmedia.



Vivir en el campo o en la ciudad, esa es la cuestión que se plantean muchas especies animales. Ocupar nuestro espacio más inmediato es una estrategia de supervivencia que tiene cada vez más adeptos entre la fauna. Para algunos animales la ciudad no es un territorio tan hostil como puede parecer a primera vista, sino un nuevo nicho repleto de oportunidades que merece la pena aprovechar.

con patas



*A veces es necesario parar un momento y fijarse en toda la fauna que nos rodea en las grandes urbes.
Foto: Luis Merino. Naturmedia.*



*Araña doméstica.
Foto: Roberto Anguita. Naturmedia.*

Para algunos animales la ciudad no es un territorio hostil, sino un nuevo hábitat repleto de oportunidades que merece la pena aprovechar

*Las ciudades ya no se entenderían sin la presencia de palomas.
Foto: Naturmedia.*

Es hora punta en la plaza de Colón. Estamos en pleno centro de la ciudad de Madrid y a esta hora miles de automóviles atraviesan la plaza de manera lenta y ruidosa. Las aceras tampoco son un remanso de paz. En ellas una marea humana espera con impaciencia a que los semáforos den luz verde para continuar su carrera cotidiana. No parece el momento más apropiado para la contemplación. Sin embargo, desde la altura de uno de los edificios, una pareja observa plácidamente el ajetreado trasiego de la gran arteria. Viven cómodamente en uno de los edificios con el metro cuadrado más caro y mejores vistas de la toda la ciudad; una empresa privada vela por su seguridad y afortunadamente no les falta una paloma que llevarse al pico ni un estornino con el que alimentar a su prole. Son una pareja de halcones peregrinos y llevan bastantes años instalados en la misma cornisa. Rodeados por un entorno de coches, humo, ruido y gente que, pese a no resultar idílico, les procura comida abundante, un clima suave y la ausencia casi total de depredadores. Tal vez este no sea el ejemplo más habitual, pero ilustra perfectamente algunas de las razones que empujan a muchos animales salvajes a convertirse en perfectos urbanitas. Más bien en parte de unas ciudades que ya no se entenderían sin la presencia de gorriones o palomas y en

las que nadie se acordaría de la primavera si no fuera porque golondrinas, vencejos y aviones nos la anuncian con sus cantos y acrobacias.

Dos siglos de hegemonía

Acompañar al ser humano es una estrategia bastante productiva para algunos animales, de hecho, hay tres especies que han aprovechado tan bien esta circunstancia que han llegado a convertirse en las formas de vida dominantes de los asentamientos humanos. Ratas, cucarachas y gorriones, además de ocupar los tres primeros puestos en el ranking de especies favorecidas por la presencia humana, han logrado expandirse por casi todo el mundo viajando con nosotros. Un trío al que no le afecta la pérdida de hábitat, pues al contrario de lo que le sucede a buena parte de la fauna salvaje, su hábitat se agranda desde que se intensificó la expansión de las ciudades, hace aproximadamente dos siglos. La atracción del ser humano hacia las grandes ciudades es un fenómeno creciente que se explica gracias a la mejora en las comunicaciones, a la mayor productividad del sector agrícola y a que el progreso se ha olvidado de atender las demandas de gran parte de la población rural. La falta de empleo y oportunidades de desarrollo personal y laboral han empujado a un cuarto de la población mundial hacia ciudades de más de 100.000 habitantes y la tendencia apunta a que este porcentaje aumentará en los próximos años. La fauna no es ajena a este fenómeno y también ve en las ciudades un campo lleno de oportunidades por explotar en un mundo en el que no hay ni sitio ni recursos para todos. Nada puede quedar vacío y el medio urbano es un hábitat poco explotado, pero al mismo tiempo un mercado muy exigente que limita la existencia de muchas formas de vida y que requiere cierta predisposición. Se trata de un espacio en el que variables tan fundamentales para la vida como el suelo o el clima se presentan de un modo caprichoso. La llamada isla de calor es un efecto térmico provocado por los materiales que configuran la ciudad, capaces de acumular el calor en las horas diurnas y liberarlo durante la noche. Esto da como resultado que la temperatura promedio sea 1,5 grados superior en





*Un ave tan huidiza como el herrerillo común llega a aceptar comida de manos humanas en los jardines de la ciudad.
Foto: Naturmedia.*

las ciudades que en las zonas aledañas. En ciudades como Londres esta diferencia se eleva hasta los 5 grados. Si añadimos a esto que el índice pluviométrico es un 10% mayor y que la profusión de cielos cubiertos reduce la radiación solar entre un 15 y un 20%, es fácil hacerse una idea de cuan distinto es el clima en las ciudades. Esta alteración en las condiciones climáticas provoca en ocasiones que ciertos animales adelanten su ciclo reproductivo o que algunas especies vegetales amplíen su periodo de crecimiento. Contra todo pronóstico, en un medio donde la contaminación atmosférica es hasta 25 veces superior a la de áreas no humanizadas, la vegetación tiende a ser más diversa. Aunque se sabe positivamente que un alto nivel de CO₂ es capaz de acabar con la flora epífita (fundamentalmente líquenes), no es menos cierto que este gas favorece el crecimiento de la mayoría de las plantas. En cualquier caso, la diversidad vegetal de las ciudades no es consecuencia directa de la contaminación, sino de la gran variedad de gustos personales y voluntades que inciden en su plantación. Entre un 60 y un 70% de la vegetación de las ciudades se introduce expresamente y casi siempre con fines meramente ornamentales. En esta arbitrariedad residen las causas de lo que técnicamente se denomina "mosaicos de hábitats a pequeña escala". Que en otras palabras es un entramado de ambientes naturales de reducido tamaño, cercanos entre sí y caracterizados por disponer en su conjunto de una gran variedad de vegetación, pero con una cantidad global muy reducida y escasas posibilidades de aprovechamiento para la mayoría de las especies animales.

Fastidiosos pero nada inadaptados

La mayoría de los animales que pueblan las ciudades suelen ser motivo de alegría. A casi todo el mundo le gusta escuchar el canto de los gorriones al abrir la ventana, darle pan a las palomas o frutos secos a las ardillas en los parques, o disfrutar viendo el vuelo de una mariposa. Sin embargo hay otras especies a las que nadie ha entregado la llave de la ciudad y a las que basta mentar para que se ericen los cabellos. Paradójicamente la expansión de la mayoría de ellas es el fruto de nuestro estilo de vida y si en algún momento se convierten en una plaga es debido a que nuestros hábitos les hacen la vida muy fácil. A la cabeza de esta lista se encuentran dos de las especies mejor adaptadas la vida urbana: ratas y cucarachas. Probablemente ningún otro animal despierte tanta antipatía como las primeras. Sin embargo se trata de unos animales necesarios para mantener en buen estado las redes de alcantarillado. Según los expertos en la materia resulta deseable contar con una población controlada de estos roedores, ya que su voracidad evita que se colapsen las cloacas. Los resultados de un censo realizado en Barcelona estableció la densidad de una rata por cada habitante de esta ciudad. En el número dos una criatura que repugna incluso cuando es aplastada sin compasión: la cucaracha. Otro ser que se aprovecha de nuestra costumbre de repartir materia orgánica y que, al igual que las ratas, ha desarrollado una serie de mecanismos que hacen de su erradicación una misión imposible. Las cucarachas se reproducen a una velocidad vertiginosa y tienen la facultad de volverse inmunes al veneno, por eso lo mejor para echarlas de casa es mantener una pulcritud extrema en el hogar. A partir del tercero, los puestos comienzan a estar muy discutidos y cualquiera de los bichos que vienen a continuación despierta las antipatías suficientes como para obtener medalla. Pero tal vez por molestos vamos a situar en el siguiente puesto a la flor y nata de los parásitos: mosquitos, piojos, tábanos, sanguijuelas, garrapatas y arañas domésticas, a ser posible Pólux phalangioides, fácilmente reconocible por sus patas largas y desproporcionadas. Otro grupo que promete son los ácaros del polvo, son imposibles de ver a simple vista, pero se sabe que están ahí y esto, unido a la emisión de un documental sobre ellos, elaborado por National Geographic, ha creado numerosas fobias hacia moquetas y alfombras. Imposible olvidar en este ranking a los murciélagos y salamanquesas, que tienen en su contra la mala presencia pero que en la práctica resultan enormemente beneficiosos gracias a su dieta rica en mosquitos y polillas, por que deberían desaparecer de esta lista.

*Las ratas son necesarias para mantener en buen estado las redes de alcantarillado.
Foto: Luis Merino. Naturmedia.*





Mirlo común. Foto: Roberto Anguita. Naturmedia.

Acompañar al ser humano es una estrategia muy productiva para ratas, cucarachas y gorriones, que han logrado convertirse en las formas de vida dominantes de los asentamientos humanos

Naturaleza cercana y sorprendente

Resulta evidente que no se trata de un ecosistema equilibrado, pero tampoco sería justo considerar que la urbe no ofrece interesantes atractivos a ojos de un naturalista. En ese sentido, una de las principales ventajas es la tolerancia que muestran la mayoría de las aves urbanas. Poco tiene que ver el desparpajo con que los mirlos se acercan a los transeúntes de parques y jardines, llegando a colocarse a distancias de dos o tres metros, con la desconfianza innata de sus congéneres campestres que emprenden la huida a no menos de 30 o 40 metros. Insólito resultaría que aves tan inquietas y huidizas como los carboneros, herrerillos o colirrojos se aventurasen a aceptar comida de manos humanas en la naturaleza, sin embargo esto es algo habitual en muchas zonas ajardinadas de la ciudad. Otro indicador que muestra un mayor grado de confianza es el hecho de que muchas aves disminuyan en este ambiente la altura a la que instalan sus nidos, aunque esto quizá esté motivado por la ausencia de depredadores.

Otro campo de satisfacciones para observadores y naturalistas es la constatación del nivel de adaptación al medio de algunas especies. La fau-

na urbana se busca la vida de maneras que en muchos casos resultan insólitas y simpáticas. Algunos anfibios y mariposas han experimentado un curioso cambio de look, tornando al gris oscuro su pigmentación para resultar más miméticos, en lo que a todas luces es una moda impuesta por la contaminación atmosférica que tiñe las piedras y la corteza de los árboles en los que viven. Los gorriones de Hamilton, en Nueva Zelanda, se han convertido en verdaderos expertos en el manejo de la tecnología. Revoloteando junto a los sensores, son capaces de accionar las puertas automáticas de las cafeterías para acceder a botín de migas y desperdicios que se encuentran esparcidos por el suelo tras ellas. Las cornejas moscovitas muestran una escrupulosa disciplina para con el alumbrado público. Para ellas el encendido y apagado de éste significa poco menos que un toque de queda que les indica la hora de acudir en masa a los dormitorios o comenzar la dispersión matinal. En Gran Bretaña, los herrerillos y carboneros se han dejado seducir por la comodidad del reparto a domicilio y son los primeros usuarios de las botellas de leche que se dejan junto a las puertas de las casas. Estos pájaros han descubierto que bajo el tapón de aluminio se encuentra una deliciosa capa de nata.


Ciudadanos natos

Es indudable que la vida en la ciudad fomenta la picaresca y modifica una serie de hábitos impuestos por la naturaleza. Algunas especies han llevado su adaptación a tal grado que ya son incapaces de sobrevivir lejos del hombre. Es sabido que los gorriones no tardan en desaparecer de los pueblos abandonados, pero uno de los casos más extremos es el que protagonizó una subespecie de ratón que vivió en la isla de Santa Kilda y que pasó de ser común a extinguirse poco después de que sus últimos habitantes abandonaran la isla. Por suerte no a todos les va tan mal, es más, existen especies que parecen especialmente predispuestas a la vida urbana. La gaviota patiamarilla prolifera en gran medida gracias al aporte de comida que significan los vertederos y a que las colonias urbanas de esta ave ofrecen un éxito reproductivo mayor al silvestre. En la naturaleza, estas aves crían en acantilados costeros en los que el espacio suele escasear. Los nidos han de colocarse tan cercanos entre sí que la tensión y los episodios de canibalismo son extremadamente frecuentes. Devorar los pollos del nido de al lado si se tiene ocasión parece una conducta atroz, pero es una manera como otra cualquiera de controlar un nivel de población que se dispararía de otro modo. Esto no tiene lugar en la ciudad, pues allí sobran el espacio y el alimento y la disposición de las azoteas y tejados no permite la creación de colonias tan abigarradas. Por supuesto este no es el único caso, existen numerosas especies que han encontrado el estado de bienestar en lo más profundo de las ciudades. Para ciertas polillas y pequeños escarabajos, encontrar en plena naturaleza los pedazos de piel muerta o pelo de los que se alimentan es una tarea ardua, sin embargo la ciudad está repleta de armarios abarrotados de deliciosas prendas con las que alimentarse.

Las características de estos animales parecen indicar que su adaptación fue un proceso cómodo. Parecen hechos para la vida en la ciudad, pero ¿cuál es la receta? El perfil de una especie urbana responde a una serie de recomendaciones básicas. Una de ellas es el gregarismo; ser capaz de compartir la información de que se dispone es un punto a favor y puede ayudar a elu-

dir peligros y a obtener alimento más fácilmente. En la ciudad la comida es abundante y gratuita, pero su distribución suele ser irregular y no siempre responde a las necesidades alimenticias de todas las especies. No es un lugar idóneo para gourmets delicados, por eso una dieta omnívora es también recomendable, aunque no estrictamente necesaria. Los animales insectívoros se enfrentan a un medio en el que los invertebrados son el grupo animal peor representado. Sin apenas sotobosque y con un exceso de especies vegetales exóticas no es el nicho más adecuado para seres tan especializados como los insectos. La densidad y variedad de estos es baja y esto ha dado pie al desarrollo de dos estrategias fundamentales por parte de sus depredadores. Una de ellas consiste en aumentar el tamaño de sus territorios para compensar esta escasez y la otra es tan sencilla



como utilizar la ciudad como dormitorio y refugio mientras que la búsqueda de alimento se realiza en la periferia. Esta receta no es válida únicamente para las aves insectívoras, las palomas han seguido este ejemplo y resulta habitual verlas recogiendo grano en los campos de labor cercanos, mientras que pequeñas rapaces como el cernícalo realizan también estos desplazamientos en busca de micromamíferos, la base de su dieta. 

Los gorriones de Hamilton, en Nueva Zelanda, son capaces de accionar los sensores de las puertas automáticas para acceder al botín de migas y desperdicios de bares y cafeterías

En la gran ciudad nadie se acordaría de la primavera si no fuera por el anuncio de las golondrinas con sus cantos y acrobacias.

Foto: Roberto Anguita. Naturmedia.